

Una noche en La Habana

Olivia Alayo Terry



Fundación Ediciones Clío

Colección *Narrativa y Poesía*

Fundación Ediciones Clío®2021.

Jorge F. Vidovic L.

Director

Hecho el depósito de Ley:

ISBN: 978-980-7984-41-6

Depósito Legal: ZU2022000271

Una noche en La Habana.

Olivia Alayo Terry

Primera edición

Versión digital

Diseño y diagramación: Ediciones Clío

Ediciones Clío

<https://www.edicionesclio.com/>



Prólogo

Fundación Ediciones Clío

La Fundación Ediciones Clío constituye una institución académica que procura la promoción de la ciencia, la cultura y la formación integral de las comunidades con la intención de difundir contenido científico, humanístico, pedagógico y cultural en aras de formar de manera individual y colectiva a personas e instituciones interesadas. Ayudar en la generación de capacidades científicas, tecnológicas y culturales como herramientas útiles en la resolución de los problemas de la sociedad es nuestra principal visión. Para el logro de tal fin; ofrecemos un repositorio bibliográfico con contenidos científicos, humanísticos, educativos y culturales que pueden ser descargados gratuitamente por los usuarios que tengan a bien consultar nuestra página web y redes sociales donde encontrarás libros, revistas científicas y otros contenidos de interés educativo para los usuarios.

En este caso particular y como la misma Olivia Alayo Terry señala “Una noche en La Habana” representa un cuento breve sobre la triste historia en torno a una joven prostituta de La Habana - Cuba, que se debatía entre el tiempo, las incomprendiones de su madre, un proxeneta y un hombre obsesionado con ella. En medio de tantas turbulencias y en tan solo una noche, ocurría el asesinato de uno de los personajes, lo cual colocó en tela de juicio los valores más claros y oscuros de todos los sospechosos que, directa e indirectamente formaban parte de las trabas y trampas que se sucedían e interponían entre ellos.

Esta historia representa de forma general parte de la vida cotidiana de muchas mujeres que se dejan llevar por la necesidad y caen en manos de aprovechados que la explotan sin contemplación. Esperemos que situaciones como las planteadas en el cuento se puedan minimizar en la medida en que la misma sociedades y sus autoridades le pongan coto a este tipo de explotación humana.



Dr. Jorge F. Vidovic

Director Fundación Ediciones Clío

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8148-4403>

Nota: Para contactarnos puede dirigir su comunicación a: edicionesclio.es@gmail.com - jorgevidovicl@gmail.com
Web: <https://www.edicionesclio.com/>

Oscuridades

Maura...

Corría el verano de la noche del 8 de agosto del año 2009 en La Habana. Maura de tan solo 26 años, salía como de costumbre rumbo a su trabajo nocturno, con su escandaloso perfume, su caminado atípico, su sonrisa como escudo a las tristezas que guardaba su corazón, con sus tacones rojos, su cartera de lentejuelas negras, y esta vez con un vestido, corto y muy elegante, en combinación con su cartera, y su piel trigueña y brillante de aquellas cremas de hoteles y regalos. Su madre, Maura Dolores, una señora gruesa, pelo rojo, largo, enredado y mal cuidado, con un carácter de difícil descripción, siempre le gritaba las mismas palabras al salir: bandolera, regresa con algo.

Aquellas palabras siempre retumbaban a lo largo y ancho de aquel solar de Cristina y Vigía. Ella, solo sabía sacarle el dedo del medio por encima de su cabeza, y sin mirar atrás, y una que otra vez le gritaba el mismo vocablo: púdrete. Pero justo esa noche, la "amarga Dolores", como todos en el barrio le llamaban por su forma tan desagradable de andar y tratar, no gritó ni una expresión a su hija. Maura, como de costumbre, esperaba a que su madre cerrara las puertas y pusiera aquel rústico gancho con poca seguridad, claro, después de pronunciar sus "palabras mágicas". Pero fue todo lo contrario. Dolores tenía un presentimiento muy fuerte.

Miraba con angustia las paredes agrietadas de su apartamento mientras se colocaba detrás de la puerta con las manos en el pecho. Recorría con su vista aquel oscuro baño a la izquierda del tiempo, con una cubeta blanca, una taza sin tanque y una tubería a lo alto en función de ducha; encima quedaba la barbacoa con una cama y sábanas desordenadas, en la cual sólo dormían ella y Maura (cada 28 días, o cuando acababa su trabajo temprano); su pequeña cocina eléctrica encima de una mesa mediana de madera al frente de sus ojos, junto a cazuelas y platos sin lavar en un fregadero, y una meseta con otros platos y cubiertos como si vivieran 30 personas en aquel espacio, y al lado de todo aquello, un vaso plástico verde, casi descolorido por el tiempo, con 3 cepillos para dientes, y un tubo de pasta dental abierto siempre.

En la tele se escuchaba el tema musical de la novela brasileña Páginas de la Vida, mientras ella podía imaginar que su viejo sillón se movía solo, como si alguien le estuviera avisando de algo. Sentía como si se movieran los retratos empolvados de la pared de su derecha, donde no se distinguían bien los rostros, pero los recordaba bien como un pasado donde se sintió un poco más feliz. No salió ni siquiera al pasillo a conversar con Conrado, conocido cariñosamente como Cuquito (apodo que según sus cuentos de camino, alguien cuyo nombre nunca quiso revelar, le había puesto en la Sierra), el vecino del lado de su puerta; el único con quien conversaba y casi confesaba sus pecados; con el único que compartía sus alegrías, penas y cigarros.

Cuquito era un señor de unos 70 y tanto de años, muy educado, todos depositaban su confianza en él, de voz baja, canoso, blanco, con aspecto poco pulcro, siempre risueño, sin hijos, sin familia, hacía unos 30 años que había llegado al solar y se convirtió en el mensajero de la mayoría de sus vecinos y de medio Atares; lo mismo ponía un clavo en la pared, que pintaba una esca-

lera, que ayudaba en cualquier trabajo de albañilería, que cargaba cubos de agua para quien lo necesitara, que inventaba una tapa para tanque, sacada del reguero que abundaba en su casa; siempre sin pedir nada a cambio, pero todos sabían que dentro de ese corazón tan noble no cabía solo el agradecimiento, siempre "se le salvaba con algo", por su solidaridad, desinterés y amabilidad constantes.

De Cuquito nadie conocía el pasado, solo la vieja Dolores; eran casi como hermanos, y se conocían la gran mayoría de los secretos de su vida presente, y quién sabe, si de algún proyecto futuro; él ayudó en la crianza de Maura desde los 3 meses de nacida, cuando su padre abandonó el país en una salida ilegal por vía marítima y más nunca se supo de él.

Era por eso que ella también lo quería mucho como un padre. Cuquito tocaba la puerta como cada día después de ver a Maura partir, mientras le murmuraba a Dolores por el hueco de la cerradura improvisada de la puerta, que no importaba si no había cigarros, que esta vez, iba por él, pero ella hacía oídos sordos, era muy fuerte la angustia por la que estaba pasando, y no abrió. Esa noche, "la amarga" no tomó café.

Maura cruzaba la calle Monte como si estuviera desesperada por llegar a algún lugar, o como si la estuvieran siguiendo hasta el fin de su camino. Miraba para atrás y aceleraba el paso mientras le gritaban cualquier cantidad de piropos desde la ventanilla de un P8 que viajaba a la velocidad de la luz. El mismo policía de siempre la observaba al pasar la esquina del capitolio, y nuevamente le insinuaba muy bajito el mismo mensaje de cada día: Oye, tú, ¿cuándo? Ella no se detenía, ya ni le respondía, y solo atinaba a llegar a aquella dirección muy próxima a Prado.

Estaba retrasada y en su mente se repetía la misma frase una y otra vez: "el tiempo es dinero". Detuvo el paso, y por unos segundos vio aquel teléfono público cerca de Neptuno, y no dudó en hacer aquella llamada que tenía tanta importancia como su propia vida: -Hoy no es el día Orestes, hoy no-. Eran las palabras que salían de su boca mientras del otro lado del manófono se escuchaba una voz insultante y amenazante, provocadora de un derrame de lágrimas que echaron a perder el encanto de un maquillaje en las pestañas. Mientras colgaba el teléfono llorando, pensaba en todo el tiempo que había perdido levantándolo. No dejaba de imaginar cómo estaría su madre.

Justo en Prado y Colón, se encuentra a su hermano Ransel, un hombre 5 años mayor que ella, negro, alto, corpulento, de temperamento fuerte, pero siempre intentando mostrar una sonrisa para todos, con su acostumbrado porte de short, tenis y pullover, la misma gorra de Yankees y el reloj en la muñeca derecha; era de esos hombres que caminaban mucho y sin llamar la atención. Abrazó a su hermana y los ojos se le hicieron agua. Hacía más de 3 semanas que no se veían y parecía que hacía un siglo que el destino los hubiera distanciado.

Le secó las lágrimas a su Maura con el pañuelo que sacó del bolsillo, y le decía en forma de regaño que dejara esa vida de mierda, y le arreglaba un poco el descolorido rostro. Ella a su vez, le contaba apurada el motivo de sus tristezas y veía la hora en el reloj de Ransel.

-Cúidate mi bandolera- eran las palabras tristes de Ransel acompañadas de un abrazo profun-

do, del cual Maura escapaba sin pensar por miedo a qué pudiera suceder después.

Al caminar seguía pensando en su madre, en Orestes, en su hermano, en la vida y el tiempo. Hasta que al fin pudo llegar a la dirección acordada. Era una escalera oscura, estrecha, típica de los edificios capitalistas de La Habana, donde no se sentía un alma, solo un perro a lo lejos de aquel misterioso camino. Al tocar aquella puerta, abrió una muchacha joven, rubia que por el acento se notaba que era italiana, de labios rojos y con escasas prendas de vestir.

Eran casi las 11:00 p.m. y desde dentro se sentía una música electrónica que lejos de incitarla a bailar, le preocupaba más por las circunstancias. Yasmany, alias el Yas, enfureció al verla llegar fuera de hora. La tomó de la mano y la llevó a un elegante baño lleno de luces, flores y exóticos olores. Le reclamaba por su llegada tarde, al tiempo que le apretaba el vestido desde el pecho con mucha fuerza.

Yasmany era su viejo amigo de la infancia, un mulato bien fuerte, el supuesto amigo de todos, con los colmillos forrados en oro, caminado de guapo, manos siempre en los bolsillos, rodeado de diferentes personas en cualquier lugar, un hombre de bares, especulador entre los demás, manipulador de las mujeres jóvenes, gritaba siempre que las rondas de bebidas alcohólicas en cada fiesta las abría y cerraba él, la llevó a ese mundo de hombres, drogas y desdichas.

En cuantiosas ocasiones la maltrataba, le quitaba el dinero, y la veía como la mejor de sus placeres carnales. Él era quien le indicaba sus horarios y objetivos de trabajo; había llegado hasta 9no grado, pero dominaba el inglés y el francés de manera increíble, amenazaba constantemente de muerte a cualquier hombre que se acercara con cualquier insinuación a Maura, la veía siempre como un diamante en bruto, y se sentía extremadamente especial en ella, por ser quien tuvo el ¿privilegio? de quitarle la virginidad, sin experiencias ni preservativos (ambos con tan solo 13 años), tenía fama de sujeto extremadamente peligroso, cargaba en el lado izquierdo de su rostro el peso de un alma blanca, producto de un grupo de 3 individuos desconocidos para él, que lo persiguieron una noche por todo Monte hasta Belascoaín y Reina, y le propinaron una paliza, y como marca de aquel sangriento episodio, la cicatriz de una navaja de barbero quedó inolvidable para toda su vida (cabe destacar que no sabía quién le había hecho aquello, aunque con más de uno tuvo fuertes peleas, por difamar sin pruebas concretas), llevaba en su expediente delictivo cuantiosas sanciones por asedio al turismo, pero nunca se supo cómo se las arregló para evadir la justicia de modo tan sutil y natural, fue el primer amor de ella, le prometió un día darle esa vida que ella tanto soñó, hasta que la encerró en el abismo mientras le cogía la baja con sus dulces encantos, tenía prohibida la entrada a la casa de Dolores, nadie lo saludaba en el barrio, sólo Cuquito, (el más sociable y pacífico de todos).

El polvo blanco, como todos conocen, era el común denominador de cada fiesta, donde Yas era el centro de atención, y lógicamente, quien siempre lo conseguía todo. Tres italianos (dos hombres y una mujer) eran el elenco suficiente para dar riendas sueltas a aquella fiesta donde Maura siempre sabía cómo acababa todo. Le tocó esta vez lidiar con un italiano, en una habitación climatizada, de esas que ella siempre decía que parecían salidas de una película dramática. Aquel hombre era el mismísimo retrato vivo de Ernest Hemingway en su versión más antigua ya, por lo que ella decidió apodarlo así, "el Ernest".

A Maura el corazón le latía muy fuerte, no tenía fuerzas ni para responder un beso, el polvo blanco ni efecto le hacía, era mucha la tensión y no pudo consumir las dosis que siempre acordaba en su mente para llegar al éxtasis sin sufrimientos. Apenas consumió alcohol, y su cuerpo desnudo se erizaba de la frialdad de aquel dormitorio, no había calor en su alma, y eso complicaba las cosas, podía sentir la música, el baile y las risas que acontecían desde fuera, la voz de Yas como centro del universo en todo evento, le llegaban intensamente en su cabeza. ¿Acaso tendría el mismo presentimiento de Dolores?

Al otro día, cuando abrió los ojos con el mismo acostumbrado dolor de cabeza, observó entre imágenes y movimientos borrosos a ese Ernest envuelto entre sus pies y las sábanas, rendido en su cintura y roncando como si se hubiera tragado un tractor con el motor oxidado, y ella de modo automático ya, hizo las mismas expresiones de asco cuando la comida era de difícil digestión. Tomó su dinero, ya ella sabía cómo hacerlo, mientras se ponía su ropa con olor a sudor, enjuagaba su cara, y acomodaba su cabello con una felpa que había sacado de su cartera, la misma felpa blanca y finita que usaba en la conclusión de cada actividad.

Mientras se aseaba en el baño, podía sentir un extraño murmullo desde fuera: voces inusuales, puertas y ventanas con sonidos estridentes y muchos pasos, como si fuera el acercamiento del fin del mundo. Al abrir la puerta de la habitación, veía cómo dos oficiales de la policía se llevaban esposado a Yas, era el único individuo en aquella casona repleta de latas y botellas vacías. Era muy fuerte su cara de asombro, lanzó su cartera al piso, las manos le temblaban, los nervios le dieron por quedarse en silencio, el cuerpo le sudaba, y los ojos se le quedaban quietos mientras miraba fijo a los de Yas, y este le gritaba bien enfurecido una y otra vez sin parar, que todo eso era culpa de su madre, que todo eso era culpa de la "amarga Dolores".

Maura no atinaba a contestar, pensaba en aquella rubia semidesnuda que le había abierto la puerta y en el otro italiano la noche anterior; ninguno de ellos se encontraba por todo aquel lugar, solo se sentía el ladrido del mismo perro al final de un pasillo y los ronquidos que salían de la habitación, mientras Yas era alejado en contra de su voluntad por los oficiales. Por un momento, Maura esperó a que llegara alguien nuevamente a llevársela esposada también, pero solo entraba por la puerta de aquella inmensa y silenciosa sala, la luz del Sol del mediodía. Miraba para atrás y parecía que el clon de Ernest Hemingway se había pinchado con la rueda del cuento de La Bella Durmiente.

Maura salió corriendo de aquel lugar cuando tenía la seguridad de que la policía junto a Yas se habían perdido de toda aquella confusión. Se detuvo por un momento en la misma esquina de Prado y Colón, con la esperanza de volver a encontrarse con el mejor de los refugios: su hermano Ransel; por un momento pensó tanto en aquel abrazo que había desaprovechado la noche anterior, que rompió a llorar sin consuelo, pero era un llanto de ¿alivio? Para ella en ese momento sí; se sentía la mujer más feliz del universo cada vez que Yas era colocado en el calabozo al menos por 24 horas, pero sabía que esa felicidad duraba poco porque siempre se salía con las suyas.

Llegó a la casa en estado de shock, pues nunca había presenciado una escena de oficiales esposando a alguien, llevaba años corriendo con suerte para la vida que llevaba, y nunca se había

visto envuelta en temas de justicia. Todos en el solar la miraban con cara de susto y ella no se percataba de eso. Al entrar a su casa, estaba Dolores junto a Cuquito esperándola.

-Mija, ya se acabó mija, ya se acabó-

Le decía su madre entre lágrimas y ¿alivio? mientras le acariciaba aquel cabello empapado de verano. Los tres se abrazaron, y ella muy sutilmente, después de muchos años, sintió tanta paz en su corazón, que no sabía si reír o llorar. Afuera comenzaba a llover, y ella seguía pensando en todo lo que había sucedido esa mañana, evidentemente ya todos sabían de la detención, y al parecer se oía a que era definitivo. Salió al pasillo de su solar, abrió los brazos, comenzó a dar vueltas de felicidad sin parar y dejaba que la lluvia le empapara el alma y sustituyera la caída de sus lágrimas por arcoíris en sus ojos; en su mente ya finalmente había acabado todo.

Por otro lado, su mamá la haló del brazo para despertarla un poco de aquel "sueño" que estaba viviendo por unos segundos.

Orestes...

Eran las 2 de la tarde del 8 de agosto de 2009. Orestes viraba de su semana en el mejor hotel de Varadero con todo incluido junto a su esposa Cecilia y sus hijos pequeños Nathaly y Orestico. En su cabeza daban vueltas muchas cosas mientras conducía a la par de Los Van Van y su Chirrín Chirrán, con su tabaco de medio lado, sus espejuelos oscuros, su camiseta, short de flores y chancletas azules. Cecilia, una "negra fista", como le decía siempre su abuelo, que tanto la regañaba por maldecir sus raíces, sabía de todas las andanzas de su esposo, ya en más de una ocasión habían llegado cuantiosos comentarios, incluso de su propia familia, pero prefería callar por la buena vida, que perder y volver a su natal Miraflores Viejo que tanto odiaba porque decía que era barrio de pobres y sucios.

Ella siempre andaba elegante, en vestidos todo el tiempo, con sus pelo de queratina y sus uñas al natural perfectamente arregladas, pero la estampa de hipócrita y superficial la había heredado de su madre, lo cual le quitaba el encanto, por su carácter tan seco y su cara amarrada todo el tiempo, pero obediente si de él se trataba, se mantenía bajo sus órdenes, callada, y con una sonrisa fingida para no discutir con él, pues sabía que su matrimonio estaba en remojo y debía parar a su vez y un poco sus antojos caros y estéticos.

Orestes era un hombre grueso, blanco, de los que sabía cómo controlar cualquier situación, nunca discutía, amante del dinero y el poder, convencía con cuatro palabras, manipulaba a los subordinados a su gusto, pero luego terminaba "pasándoles la mano" y todos quedaban felices. Nunca hubo desorden en sus auditorías, pero se las arreglaba bien para que en la empresa como en su casa estuvieran contabilizadas las mismas cantidades de materias sin altercados.

Recibía constantes llamadas de vital importancia, y sin dar muchas explicaciones, arrancaba el auto y salía en marcha a toda velocidad a donde fuera necesario. En su reproductora siempre

sonaban las mismas encantadoras canciones de los bárbaros del Tren de la música cubana. Nunca salía sin bañarse, se untaba perfume hasta en la planta de los pies, ya no dejaba que Cecilia le acomodara o escogiera la ropa, ni siquiera le acomodara la corbata; parecía como si el tiempo ya les hubiera pintado el amor del mismo color.

Apenas la trataba con dulzura, y cuando lo hacía, era porque realmente necesitaba de ella, pues era la cabeza pensante cuando este estaba en aprietos, y ella a su vez era la fuente de confianza de él en los segundos más difíciles. Ambos se habían conocido cuando ella entró a trabajar como su secretaria en la empresa, y tanto fue ese cántaro a la fuente, hasta que rompió el matrimonio anterior de Orestes. Él, más que una compañera de vida, la vio como la oportunidad perfecta con el paso de los años, para que se convirtiera en la mano derecha de los secretos y nervios en el vínculo Orestes-casa-trabajo por su gran destreza e inteligencia en términos empresariales y de negocios.

Siempre se perdía de la casa en el horario de 6 a 11 de la noche, con el mismo pretexto: una reunión con inversionistas extranjeros. Le tenía prohibido a Cecilia que lo llamara en ese rango de tiempo, al menos que fuera una situación extremadamente urgente, y que se relacionara con sus hijos, aunque ella sabía bien, o al menos se imaginaba ya, de las "reuniones" que se trataba. Castillo y Vigía era siempre la esquina acordada entre él y Maura para verse y partir sin rumbo fijo mientras caía la noche, de todas formas daba igual si él llegaba un poco más tarde, lo que nunca al otro día, al menos que la bebida estuviera excepcionalmente pasada de volumen de alcohol.

Orestes y Maura se conocieron en una calle oscura de Buenavista, que ni ellos mismos recuerdan, mientras ella huía de una paliza que un paraguayo le tenía pronosticada como un irresistible fetichismo sexual que quería cumplir, de modo específico con una trigueña de sus características. Él, que venía de un bar privado cerca de allí, casi la choca, ella le había pedido muy asustada que la montara en su auto. Y la historia siguió entre ellos como una trenza tóxica y sin final.

Ese día al caer la noche, Orestes se mostraba inquieto, veía que su presa no llegaba, y no podía dejar de imaginar cuánto había gastado en la reserva de una de las habitaciones más caras y lujosas del Hotel Nacional, siempre le gustaba sorprenderla con algún detalle diferente y bien caro. Cuando esta no lo obedecía, o lo dejaba "como la novia de Pacheco", él enfurecía, le gritaba, y la chantajeaba con no resolver más comida para su casa, o no darle el dinero para que solucionara inmediatamente los antojos y medicamentos de Dolores. En definitiva, era Orestes quien mantenía esa casa desde los mandados de la bodega hasta el agua que se tomaban. Era él quien ponía el dinero para pagar la electricidad, el agua, el gas, y hasta las mismísimas velas que Dolores encendía para sus vírgenes y espíritus a un lado del Atec-Panda.

Enfurecido al escuchar la llamada que Maura le había hecho desde algún número desconocido como siempre, donde le decía que esa noche no había encuentro, salió de su auto (cosa que le costaba trabajo hacer para no marcar su reputación), mientras le gritaba desde su celular hasta del mal que se iba a morir, y caminó rumbo a casa de Maura, tocó aquella puerta como si fuera el dueño, y vociferó a toda voz el nombre de Maura y Dolores para que alguien le abriera la puerta.

-Con mi dinero no se juega- era la frase más repetida de aquel hombre que se había transformado en todo una bestia sin control.

Dolores en la parte de adentro, lloraba desesperada, mientras le rogaba que se fuera, que ella no sabía nada de Maura. Lo había amenazado con llamar a la policía si seguían esos gritos tan amenazantes. Ya ni los vecinos salían a mirar qué sucedía en la penúltima puerta del ala derecha del solar de Cristina y Vigía. Eran tan frecuentes los escándalos en ese pedacito a cualquier hora y en cualquier momento, que ya era parte de la cotidianidad de allí. Orestes no podía creer que se fuera a perder una de las noches más encantadoras de su vida con su "niñita", como le llamaba cariñosamente cuando estaba de buenas, desde hacía 5 años, cuando la había conocido.

Le sacaba en cara a gritos a Dolores, todas las bondades que había tenido con ellas, se sentía burlado y sucio, no podía creer que hubiera caído tan bajo por una mujerzuela, daba patadas a aquella puerta que casi la derribaba pero el peso de Dolores lo podía impedir. Se mordía los nudillos, escupía la entrada de la puerta, se sentaba a esperar una señal de Maura y miraba para el cielo estrellado con lágrimas en los ojos, arrepentido de tan desafortunado papelazo; estaba acostumbrado a que todo en la vida le saliera como él ordenara, pero ese día, el destino le jugó una mala pasada. No era la primera vez que se comportaba así cuando no conseguía estar con Maura.

Ya Dolores estaba cansada de tanto escándalo por cuenta de las andanzas de su hija, y sintió un alivio muy grande en sí, al sentir los pasos de Orestes alejándose "derrotado", ya convencido de que Maura no iba a volver esa noche, a pesar de que estaba consciente de su trabajo de noche, pero siempre ponía él las reglas del juego a su antojo y sin protestas. Su camisa de mangas largas y de color rojo estaba bañada de sudor e impotencia, se la había colocado con rabia por fuera de su pantalón, ya no le importaba la elegancia, solo irse de allí supuestamente para siempre, sin saber que ese lugar aún no se había despedido de él.

Ransel llegaba en ese momento a ver su madre, pues ya no vivía ahí hacía más de 1 año, ya que la señora de los tragos amargos lo había botado por cuenta de su novia Elisa, una muchacha de 28 años, la cual no trabajaba, había concebido frecuentes embarazos a la par que los interrumpía, y tenía repetidas discusiones con su suegra por problemas de convivencia, y al final, terminaron viviendo en la casa de ella, en la calle Ánimas, en peores condiciones que Cristina y Vigía, pero un poco más felices y sin tantas disputas. Elisa siempre se quedaba en la esquina del solar esperando por Ransel, decía que no merecía seguir viendo la cara a una vieja bruja.

Ransel comenzó a discutir fuertemente con Orestes, hasta llegar al nivel de violencia entre ellos, sabía que era un hombre de poder e influencias, lo que podía complicar su estabilidad en la sociedad, pero había escuchado ofensas hacia una de las personas más preciadas de su vida: su hermana. Es como si las palabras de aquel señor bien peligroso en muchísimas ocasiones, hubiera sido un cuchillo filoso partiéndole el tímpano en millones de pedacitos irreparables. Por lo que Ransel se abalanzó sin pensar hacia el rostro de su rival, provocando una partidura en su nariz, y este a su vez propinaba piñazos igualmente a Ransel.

Ambos cayeron al piso como un nudo de zapatos sin separación, donde la vecindad solo sabía

gritar y observar el panorama sin inmiscuirse mucho en el asunto. Elisa no podía separar a aquellas fieras, daba gritos e iba por ayuda, hasta que salió de uno de los edificios contiguos el Pochy, uno de los mejores amigos desde la infancia de Ransel, y con cuerpo y rostro idénticos, y hermano de religión de este, junto al resto de sus colegas de la misma zona, y lograron calmar la situación. Mientras, Dolores no salía, ya sentía lo que estaba pasando fuera, lo podía imaginar, pero su corazón ya no aguantaba tantas tristezas. Orestes amenazaba de muerte a Ransel, mientras este le gritaba como que era un cobarde, y el resto de los amigos intentaban separarlos.

-Por donde salga Ransel, salimos todos, para que lo sepan- gritaba el Pochy por todo lo alto para que Orestes escuchara de que en ese barrio nadie estaba solo.

Ya Ransel también le había gritado unos segundos antes "que aquello no se podía quedar así". A él nadie lo amenazaba, él era y se sentía "Ransel en La Habana", y con su hermana nadie se metía. Minutos después todo se calmó, Ransel no vio a su mamá, ya imaginaría cómo se sentiría y Elisa estaba tan nerviosa que lo mejor era dejar la visita para el día siguiente. Los vecinos volvieron a sus rutinas hogareñas, el Pochy y sus socios se quedaron dando vueltas por el lugar, cuidando la zona de cualquier intento fallido de Orestes por probar fuerzas con una de las cabezas más grandes del barrio. Luego, cada cual entró para su casa y la noche se tornó bien silenciosa.

Por otro lado Orestes caminaba rumbo a su auto, con la ropa estrujada, cuando se percató de que en el medio de la pelea había perdido su reloj Orient, pero volver a atrás sería tentar al diablo, y no tenía valor para hacer eso nuevamente. Sus estrategias eran otras, casi siempre, sin ensuciarse las manos y sin levantar sospechas. Faltaban ocho minutos para las 2 de la mañana, hora máxima que siempre Orestes esperaba a su "niñita", ya habían pasado 2 horas desde la pelea con Ransel. Usaba los mismos métodos de paciencia para esos momentos de incertidumbre y espera: encendía un tabaco a las 12 en punto, bajaba la ventanilla de su VW CrossFox 2007 y el volumen de la música vanvanera también.

Sobre las 12:45 a.m. salía del carro a estirar los pies y mirar para todas partes, como buscando alguna señal de Maura entre la escasa multitud que pasaba por ahí en ese momento. En ese lapsus de tiempo se volvía a montar en su carro, y de vez en cuando volvía a encender el tabaco y bajar ventanillas. Orinaba sobre la 1:55 a.m. en una zona oscura muy cerca de esa esquina, y ya las 2 en punto se marchaba.

Esa noche la rutina se tornó diferente. Él no se imaginaba que Cecilia llevaba días espiando a su esposo, con la ayuda del Moro, su hermano de Miraflores Viejo, un sujeto que siempre andaba en una moto que ni su madre sabía cómo la había obtenido, bastante pasivo, con la boca llena de casquillos de oro, respetaba mucho a Orestes, pero le dejaba claro de vez en cuando que "silencio se pagaba con silencio".

El Moro había cumplido algunos años de cárcel por robo con violencia e intimidación en una casa del Sevillano, por lo que no le molestaba volver a caer en el "tanque" una y otra vez por las causas que fueran. Siempre llevaba un objeto punzante debajo de sus testículos, y encima del

asiento de su moto. En el fondo tenía muchas ganas de acabar con la vida de Orestes, por cómo hacía sufrir a su hermana, y por los empujones sin dar golpes que daba a los demás. Estaba parqueado en otra de las zonas oscuras cercanas a aquella esquina, donde sólo las estrellas y el Sagrado Corazón de Cristo eran testigos de lo que pudiera suceder después.

No pasaba un alma por aquella calle, pero siempre había otros ojos al acecho de la justicia, y justo a la 1:55 a.m. el destino no quiso que Orestes pudiera cambiar el agua a los peces. 3 martillazos sobre su cabeza fueron más que suficientes para provocarle la muerte inmediata. Aquellos brazos asesinos, de manos un poco ásperas y cubiertas con guantes pudieron acomodarlo en su carro, casi como si pareciera un suicidio. El cuerpo de Orestes yacía, en su asiento, perfectamente acomodado, en aquel barrio donde justo a esa hora no se movía ni una mosca, no se podía distinguir mucho en medio de tanta oscuridad, y solo unos minutos después el sonido de la moto del Moro se sentía acelerando hasta el final de aquel callejón.

La sangre le corría por el rostro como si le hubieran matado un tigre encima de su cabeza, el rojo de su camisa ardía más con este nuevo tinte, tenía los ojos abiertos, el orine le salió de manera casi espontánea, y se escuchaba en su reproductora muy bajito aquella pegajosa melodía vanvanera que muchos la tarareaban sin parar: Me voy, me voy me voy...

Pachy...

Pachy era de esos muchachos que de niño todos querían jugar con él antes de tenerlo como enemigo. Era uno de los mejores amigos de Ransel, y aunque tuvo un romance de adolescencia con Maura, siempre la respetó y al final terminó queriéndola casi como una hermana más. Siempre estaba metido en problemas, tratando de vengar la muerte de su hermano en una fiesta pública por allá por San Miguel del Padrón, donde por conflictos, dicen que religiosos, terminó siendo la captura fácil de otro viejo problema de un ajuste de cuentas derivado de dinero, drogas, alcohol y hasta mujeres. Las causas nunca se supieron bien, pero su madre, Alba, vivía con los pelos de punta constantemente.

Pachy era de buenos sentimientos en el fondo, siempre ayudando a todos, amaba piropear a las mujeres y cuando se daba 2 tragos empezaba a gritar el nombre de su difunto hermano y decía que era él, hasta que terminaba llorando y dormido donde le cogiera el vuele. Al día siguiente del asesinato, el Pachy y sus socios estaban merodeando el lugar del hecho sin acercarse mucho. La policía había ido a investigarlos y tenían una citación para la unidad, ya que varios vecinos que fueron testigo de la pelea el día anterior, habían confirmado la presencia de ellos en el hecho. Pachy era de los que se levantaba temprano a "matar negocios", y cuando le salían bien sus jugadas gritaba a toda la cuadra "que hoy se rompe el dominó".

Pero cuando las cosas le salían mal, se sumergía en el alcohol, hasta que Alba terminaba, como siempre, recogiénole sus lágrimas y regueros. La noche del asesinato, sus negocios habían tenido buenos resultados, pero mezcló fichas con ron, y su euforia fue desbordante. Al momento de escuchar la discusión, salió con el resto de su pandilla a volar lo que fuera. Esa madrugada

no durmió, ya le temblaba un poco la mano derecha por la bebida, y el corazón se le llenaba de espanto al imaginar qué sería de las vidas de su alrededor, si algo, en ese momento, concluía como el destino de su hermano ¿Por qué Pachy estaba temblando? Se preguntaba su madre al otro día por la mañana mientras lo veía en su cuarto con las manos en la cabeza. Sin decir una palabra. Sin hacer un gesto.

Ransel...

La noche en que Ransel se encontró a su hermana en Prado y Colón, después de varias semanas sin verse, salía de un negocio turbio de cajas de pollo y otros productos que a cualquiera ponía nervioso. Alguien los había delatado, y sentía como si fuera la última vez que volviera a sentir esa sensación de olor a libertad y basura de La Habana. Elisa era su cómplice para todo, más que una novia, la veía como esa única amiga en la que de verdad se podía confiar. Ransel y Yas, en cambio, se llevaban bien. Y aunque Ransel sabía del tipo de complicidad de este con su hermana, jamás se mezcló con el trabajo y la vida que llevaban, tenían sus distancias de viejas diferencias de niños, pero siempre hubo respeto.

El abrazo que le dio a su hermana, y que ella casi rechaza por miedo al tiempo, era como un adiós, sabía a lo que se podía enfrentar después: problemas de justicia, cárcel, la muerte en vida.

Luego de la pelea entre Ransel y Orestes, Ransel llegó junto a Elisa al centro de Prado y Neptuno, y ambos discutían por todo lo alto en el primer banco de esa misma esquina. Ella no entendía por qué la situación tuvo que tomar tal magnitud. Él no sabía en qué idioma explicarle a ella que Maura era tan sagrada como su propia vida. Eli no entendía de violencias.

Ransel se levantó de aquel asiento con los ojos llenos de furia, parecía que en su mente había sed de venganza, tenía ganas de agarrar a todos esos leones por cuello, levantarlos en peso y hacerlos estallar contra su objetivo. Elisa le caía detrás, pero no lo podía detener, le soltaba la mano que intentaba pausarlo, sin querer le hacía daño, y en sus pensamientos se mezclaban Orestes, Maura y el chivatazo que acabaría con sus entradas económicas. Quería huir, acabar, pero ¿a dónde y a quién?

Al otro día, la policía fue a investigar en la casa de Elisa, pero su madre muy nerviosa había declarado que ellos realmente no habían dormido en la casa, que supuestamente si no estaban ahí, era porque se quedarían en casa de Ransel. La mamá de Elisa era una mujer muy enfermiza, casi todo el tiempo estaba con asma, y con su única hija, que además era lo único que tenía en su vida, siempre estaba muy preocupada, ya que era quien la ayudaba. Aquella mujer extremadamente delgada siempre tenía unas ojeras que partían el alma, no tenía ni fuerzas para peinar un poco su cabello, todo enredado y sostenido por un agujereado pañuelo.

Aquel 9 de agosto a la 1:35 a.m. ya La Habana estaba un poco revuelta. Era época de carnavales, y siempre se corría al final de la jornada, uno que otro chisme sobre algún suceso desagradable detrás de comparsas y carrozas.

Ransel lloraba en el Malecón Habanero mientras se abrazaba a Elisa. Ambos lloraban. Estaban

enredados además, en un negocio de pescados donde ya muchos de sus socios de business tenían el futuro complicado. Les temblaban hasta los pies, pero, ¿por qué tanto nerviosismo? Él se levantó corriendo, casi lo atropellaba un almendrón rojo y se perdió entre la multitud de las personas. Elisa intentó detenerlo, mientras gritaba su nombre con lágrimas desconsoladas y pensaba lo peor. Nadie supo, solo él, a dónde iría aquella noche. No apareció al otro día en la mañana, Elisa tampoco. Ya en La Habana corría la bola de un homicidio por Atarés.

Final

-Mija, ya se acabó mija, ya se acabó- le decía la vieja Dolores a su hija aquella tarde del 9 de agosto, mientras le acariciaba el cabello empapado de verano. Maura, muy sutilmente, después de muchos años, sintió tanta paz en su corazón, que no sabía si reír o llorar. Afuera comenzaba a llover, y ella seguía pensando en todo lo que había sucedido esa mañana, evidentemente ya todos sabían de la detención de Yas, y al parecer era definitivo. Salió al pasillo de su solar, abrió los brazos, comenzó a dar vueltas de felicidad sin parar y dejaba que la lluvia le empapara el alma y sustituyera la caída de sus lágrimas por arcoíris en sus ojos; en su mente ya finalmente había acabado todo.

Por otro lado, su mamá la haló del brazo para despertarla un poco de aquel sueño que estaba viviendo por unos segundos. Hasta que le hizo entender que le tocaría vivir una gran pesadilla. Le explicó acerca de la muerte de Orestes, las calles próximas al suceso estaban cerradas y nadie sabía quién había cometido semejante barbaridad. A Maura se le hizo un remolino en la cabeza e intentaba atar cabos, estaba casi segura que la detención de Yas había sido por causa del asesinato, ya que sería el primer sospechoso.

Pero desafortunadamente Yas fue el blanco perfecto para la trampa de una chica que se enamoró de él y terminó con el corazón y algo más rotos (dicen las malas lenguas que era una menor de edad). Se libró de un asesinato que casi le tocó de cerca. Ya tenía otra denuncia indirecta de Orestes, quien enviaba a sus socios "secretos y de favores" a dar sus golpes bajos por él.

Cecilia había recibido la triste llamada sobre las 3:00 a.m., pero no dijo una palabra, ni siquiera soltó una lágrima, esperaba que eso o cualquier otra desgracia ocurrieran con su esposo. Entre sus andanzas misteriosas y las llamadas anónimas constantes con tonos amenazantes hacia la pareja por cuentas de las turbulencias laborales, aquella olla en la que ella indirectamente también ponía sazón, en cualquier momento podía explotar. Pero, mujer inteligente al fin, tenía todos los papeles de casa, carro y otras propiedades en regla, para adquirir los bienes sin conflictos con otros miembros de la familia. Sus hijos lloraban por su padre, mientras ella fumaba en el patio y pensaba por qué no había sido ella quién hubiera cometido el crimen antes.

No paraban las llamadas de su hermano el Moro. Este, por otro lado, estaba desesperado, había visto el asesinato, pero no al asesino, y temía ser visto por alguien y que se comprometiera nuevamente su libertad, a pesar de que no le importaba mucho volver a la cárcel.

¿Por qué Pachy estaba temblando? Se preguntaba su madre al otro día por la mañana mientras lo veía en su cuarto con las manos en la cabeza. Sin decir una palabra. Sin hacer un gesto. Pachy

se había enterado del asesinato, y temblaba un poco más, porque le venía a la mente el corazón de su hermano y los nervios de su madre. Observaba desde un rincón el ir y venir de patrullas sin decir una palabra. Pensaba en que el asesino podía ser el mismo Ransel o cualquiera de los socios con los que la noche anterior jugaba dominó y el alcohol los hubiera dominado.

Ransel estaba desaparecido desde la noche de la pelea y el crimen posterior. Desde que había salido corriendo sin dejar pistas ni siquiera a su madre, se había vuelto más que un chisme de barrio, una preocupación para su familia. No quería que su novia Elisa cayera en manos de la policía por cuenta de sus negocios sospechosos, y decidió correr a darle un último abrazo a su madre, pero era tarde, llegando a la mismísima esquina de Prado y Colón fue interceptado por la policía, que ya lo estaba siguiendo de cerca.

Elisa, sin embargo, se había quedado toda la noche despierta en los bajos de la escalera de su edificio, sentada, sin decir una palabra, esperando por Ransel después de buscarlo toda la noche, sin gota de sueño, hasta que decidió al otro día hacer algo que no se había atrevido a hacer después de la última discusión con Dolores, ir al solar de Cristina y Vigía y preguntar por él, pero al enterarse de lo ocurrido, muy próximo al lugar, salió corriendo con la boca y ojos abiertos, con el rostro en blanco y el corazón latiendo muy fuerte.

Enseguida pensó en Ransel y en los sucesos de la noche anterior, pero sabía, que en su corazón Ransel era totalmente inocente. Días después, se enteró de que estaba preso por los negocios en que ambos estaban involucrados, y que él le salvó la vida y la libertad; si hubiera sido lo contrario, su mamá con una salud muy delicada, no hubiera aguantado el impacto de su única hija tras las rejas.

Yas, con su fama conocida ya, contó en aquel cuarto lúgubre de una unidad policial todos los sucesos que había hecho y sufrido desde que se inició en su mundo de «farándulas», palabra que repetía entre risas y cinismos al Capitán que le interrogaba sin parar.

Al Moro de Miraflores Viejo, le retumbaba fuertemente en su cabeza aquella frase de "silencio se pagaba con silencio". Una frase que Orestes llevó hasta la muerte y que el Moro encubrió para siempre, entre otros favores, por aquella moto que su cuñado le había regalado, a cambio de una paliza y marca perpetua en la cara a Yas. Secreto este, que ambos juraron resguardar hasta el fin de sus días. Orestes quería acabar con la vida de Yas, pero se haría tan evidente su acto, que mancharía su «perfecta y fina estampa», y prefería empujar a otros, antes que dar directo un golpe directo y mancharse las manos.

Los vecinos del solar conocían las pugnas secretas que ambos se tenían, aunque nunca discutieron, ni se dirigieron la palabra, pero cada vez que coincidían, las miradas lo decían todo: su incomodidad en común era evidente que tenía nombre y apellidos.

¿Alguien más sabría de este secreto? Justo el mismo Orestes, antes de morir, había jurado al cielo que mataría a su rival, o lo llevaría a la cárcel para siempre, y cumplió su promesa, aunque no pudo disfrutarla por mucho tiempo. No soportaba que Yas robara el tiempo de su diamante en bruto; por eso le peleaba constantemente, y la amenazaba con que un día no lo vería más y

lo desaparecería para siempre; y en sus últimas discusiones él le juró matarlos a ambos si ella volvía a verse con él.

Maura contó a su madre lo que pasaba últimamente, y ésta, en vez de apoyarla y hacer algo por su niña, la incitaba a que se defendiera llamando a su hermano y cuñada, y que estos intentaran resolver su situación como pudieran.

La amarga Dolores lloraba por dentro, no sabía cómo enmendar el error de una educación que no tenía vuelta atrás. Seguía arrastrando los fallos de un pasado donde un hombre le tejió y quebró los sentimientos, mientras su familia adinerada de Miramar le había advertido que no se mezclara con personas que solo le iban a sacar provecho, porque la iban a expulsar de sus comodidades sin piedad, y donde se dio cuenta tarde de que el amor podía ser ciego, pero la realidad de la vida no.

El padre de Ransel acabó con su futuro prometedor de estudiar Economía en una de las mejores universidades de Europa, y la dejó en ese solar a cargo de sus suegros por aquellos tiempos, junto a su hijo de apenas meses de nacido, sin esperanzas, frustrada y con la ausencia eterna porque jamás volvió a ocuparse de la casa.

Es por ello, que a cada rato, sentía como si se movieran los retratos empolvados de la pared de su derecha, donde no se distinguían bien los rostros, pero los recordaba bien como un pasado donde se sintió un poco más feliz.

Caía la noche y Dolores desde la anterior, ya llevaba sus muertos claros. La policía había concluido en aquel lugar las investigaciones pertinentes a un caso que había conmovido a medio país por las influencias del difunto Orestes.

No pasaron ni 5 días y sus huellas estaban ahí, encima del cuerpo que reposaba en la morgue, a pesar de que fue muy riguroso a la hora de dejar evidencias. Su olor, su cabello y el polvo característico de su perfil. Salió de su casa esposado como un pájaro que le hubieran cortado las alas para siempre, mientras Dolores y Maura, por primera vez en muchos años, se abrazaban con muchas lágrimas; era un abrazo sincero, triste y profundo.

La noche del asesinato, esa sombra mantuvo la misma actitud que asumía cada día: siguiendo cada paso con su estampa de hombre muy educado, apenas alzó la voz, la misma ropa sucia de siempre, aquella vez sin reirse; mientras que recordaba en su mente la rapidez e intensidad con la que encajaba algún que otro clavo en la pared, y aunque dentro de ese corazón "tan noble" no cabía solo el agradecimiento, no se lo pensó tantas veces, y para cuando quiso retractar su actitud, ya había sacado de su conjunto de chatarras el martillo más grande y fuerte que pudiera existir, y con sus manos ásperas dejó a medio Atarés unos cuantos días en vela y sin creerlo. Cuquito hizo una noche en La Habana.

Olivia Alayo Terry

La Fundación Ediciones Clío constituye una institución académica que procura la promoción de la ciencia, la cultura y la formación integral de las comunidades con la intención de difundir contenido científico, humanístico, pedagógico y cultural en aras de formar de manera individual y colectiva a personas e instituciones interesadas. Ayudar en la generación de capacidades científicas, tecnológicas y culturales como herramientas útiles en la resolución de los problemas de la sociedad es nuestra principal visión. Para el logro de tal fin; ofrecemos un repositorio bibliográfico con contenidos científicos, humanísticos, educativos y culturales que pueden ser descargados gratuitamente por los usuarios que tengan a bien consultar nuestra página web y redes sociales donde encontrarás libros, revistas científicas y otros contenidos de interés educativo para los usuarios.

La autora, nacida en La Habana, Cuba, mantiene una trayectoria literaria desde el inicio de los años 2019, con colaboraciones escritas para espacios como la revista juvenil cubana *Somos Jóvenes*, donde, se muestran títulos como *Olivia y sus zapatos tristes*, *Crecemos*, *Las 15 Primaveras*, entre otras.



Ediciones Clío

ISBN: 978-980-7984-41-6



9 789807 984416